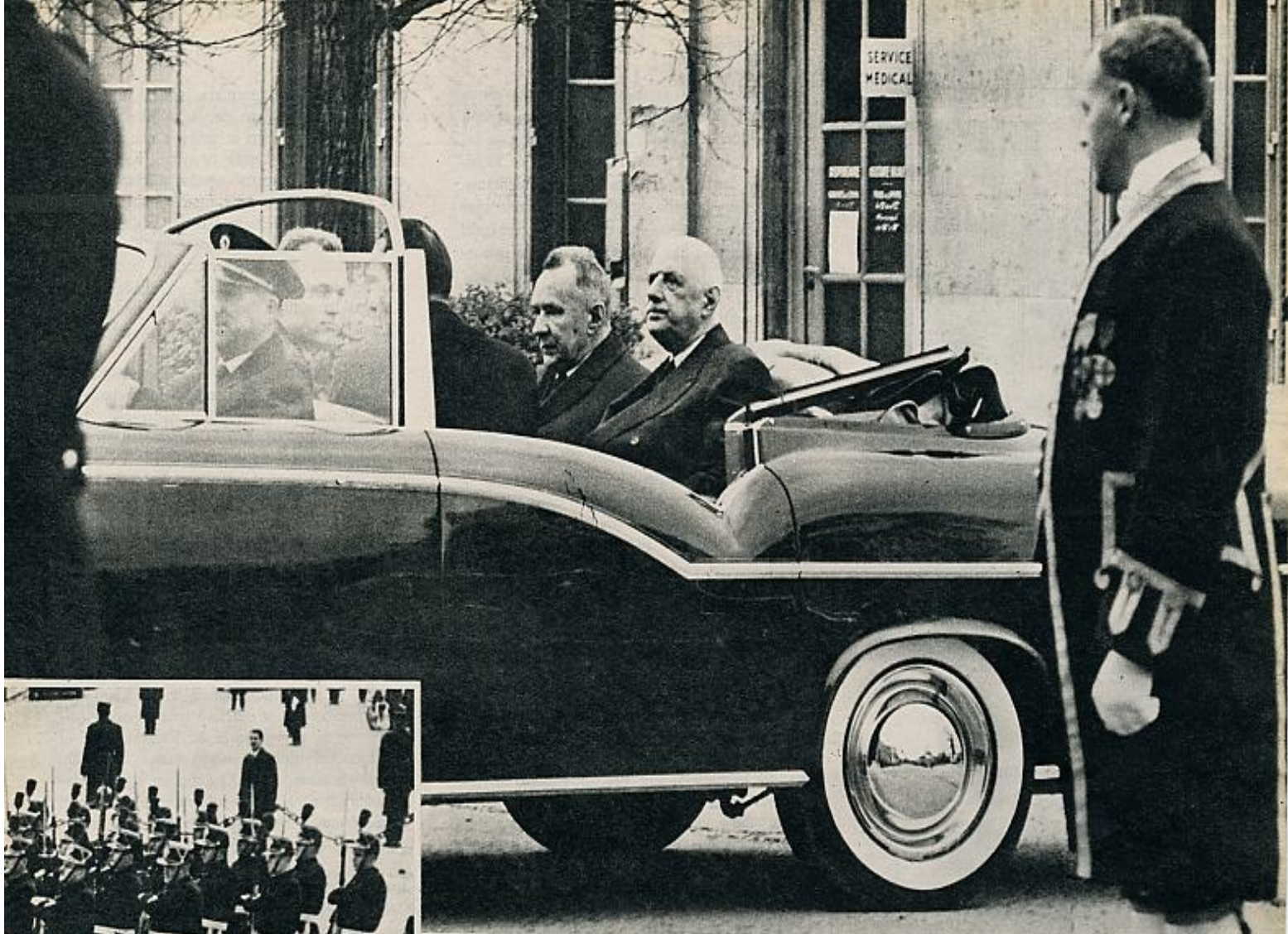


ENCUENTRO EN PARIS

EL HOMBRE DEL TELEFONO VERDE





Durante la visita de Kosygin a París, el premier soviético visitó la tumba del Soldado Desconocido, bajo el Arco de Triunfo, en compañía de Pompidou. Arriba, a la izquierda, madame De Gaulle y la hija de Kosygin a la puerta del Ministerio de Asuntos Exteriores, y Kosygin y el general De Gaulle en camino del mismo.



FOSTER Dulles debe de haberse revuelto dentro de su tumba: los países occidentales se disputan el honor de recibir a los soviéticos o de ser recibidos por ellos. Gromyko fue objeto de todo tipo de agasajos en Washington. Brown, ministro del Foreign Office, ha vuelto de Moscú declarando: «Adoro a los rusos». Finalmente, en París, se han desplegado todas las fastuosidades del Rey Sol para recibir a Alexei Kosygin. Se trata de no quedar mal después de la triunfal jira por la U. R. S. S. del general De Gaulle, en junio último. El Eliseo no olvidará que fue con Kosygin personalmente con quien se concluyó el acuerdo sobre la instalación de una línea directa con el Kremlin: el teléfono verde, «color de la esperanza». Kosygin ha sido recibido en París como jefe de Estado, cosa que no es. Pero, ¿qué es entonces? ¿Qué funciones desempeña? ¿A qué Rusia representa?

una promoción sin precedentes

Por primera vez, desde su llegada a la Presidencia del Consejo de la U. R. S. S., en octubre de 1964, Kosygin visita un país occidental. A pesar de la explosiva acogida francesa, este viaje no ha suscitado ni los revuelos ni los comentarios que provocó hace tiempo el de su predecesor Nikita Kruschef. La razón de esto es sencilla: Kosygin no es el líder de la Unión

Soviética. Es solamente un miembro muy importante de la dirección colegial que gobierna actualmente Rusia. El poder supremo está encarnado por tres personas al menos —Breznef, Kosygin y Podgorny— y, a lo sumo, por cinco, si añadimos a Suslof y a Chelepin. Todo encuentro en la cumbre entre la U. R. S. S. y un país extranjero exige, para ser fecundo, que estén presentes todos o casi todos. Kosygin solo no es un peso decisivo.

De Gaulle sabe a quién se atribuyen estas palabras anteriores a su viaje a la U. R. S. S.: «Rusia es un Estado débil a causa del conflicto chino-soviético, de sus dificultades agrícolas y, sobre todo, de su dirección colegiada».

Esto es esquemático, pero no totalmente inexacto. No obstante, han sido los soviéticos los que han propuesto que sea su primer ministro el que haya ido a París y no la dirección colegial entera. Esta no irá a Francia hasta después de las elecciones legislativas del próximo abril. Se dirá que, con esto, la U. R. S. S. acepta servir los intereses electorales de los gaullistas y que esto encaja perfectamente dentro de una incierta tradición de indiferencia de la patria-madre del socialismo hacia los comunistas extranjeros. En esta ocasión, esto es falso. Breznef, secretario general del partido comunista soviético, necesita todos los partidos comunistas extranjeros para poder organizar la conferencia comunista internacional que tanto le preocupa y que está suscitando tantas reticencias. Ha preferido no ir él personalmente. Pero el Estado soviético tiene interés en estrechar sus lazos con una **SIGUE**



Kosygin contesta al discurso de bienvenida del Presidente francés en el salón de honor del aeropuerto de Orly, la Isba. Abajo, junto a Andrei Gromyko, saludando al embajador de la China comunista.

Francia que se muestra neutralista hasta el punto de hacer pronunciar a través de su representante en la ONU un discurso tan resueltamente prochino como el del representante de Albania. De esta forma, los dirigentes de la U. R. S. S. consideran que se consigue el equilibrio, se valen de los comunistas franceses e intentan servirse del Presidente de la República francesa.

Con Alexei Nikolacivich Kosygin la cosa es sencilla, ya que no encarna la ideología, sino el Gobierno. Pasa por ser un técnico, un gestor. Se mantiene apartado, según se dice, de todos los grandes debates que han dividido a Rusia y al mundo comunista. Naturalmente, esto no es exacto. ¿Cómo podría tener la U. R. S. S. un primer ministro «apolítico»? Además, Kosygin es el dirigente actual de la Unión Soviética que más tiempo ha permanecido en los principales organismos del partido comunista. Esto no se conoce bien porque las biografías de los dirigentes que han sucedido a Nikita Kruschef son desconocidas prácticamente en Occidente. Pero Kosygin entró en el comité central

del partido mucho antes que su secretario general actual, Breznev; mucho antes que el doctrinario número 1 del P. C., Suslof; mucho antes que Podgorny, actual Presidente de la República. La carrera de Kosygin ha sido fulgurante. Acababa de cumplir los treinta y cinco años —en 1939— cuando fue elegido miembro del comité central. Era una promoción sin precedentes.

Hasta 1939 su carrera había sido más bien modesta. El mismo escatima los detalles sobre este periodo de su vida. Se sabe que es de origen obrero. También se sabe que fue voluntario en el ejército rojo durante la guerra civil. Se sabe, finalmente, que hizo sólidos estudios técnicos en su ciudad natal, Leningrado. ¿Qué cargo ocupaba en una sección regional del partido comunista? Nadie lo ha aclarado. Pero de repente, en 1939, aparece en el comité central y, más tarde, en el comisariado del pueblo para la Industria Textil. El título de ministro no existía todavía en la U. R. S. S., pero de hecho se trataba de un ministerio. En 1940, Kosygin llegaba a ser vicepresidente del Consejo.

junto a stalin

A veces se ha explicado esta carrera excepcional por el vacío que Stalin creó al hacer dudar o asesinar a todos los viejos titulares de cargos en el comité central. Después de las purgas de 1936-1938, era preciso reemplazar las víctimas por jóvenes. Esto es cierto. Pero no es menos cierto que los jóvenes promovidos no duraban mucho tiempo cuando carecían de competencia y, sobre todo, de habilidad. Incluso después de las purgas, la Rusia estalinista no era un país en el que la neutralidad o la prudencia bastaran para sobrevivir. De hecho, Kosygin tenía a su favor el ser sobre todo un concienzudo técnico de la economía. Después de la victoria sobre Alemania, Stalin le hizo entrar en el círculo restringido de los dirigentes supremos. A los cuarenta y dos años, Kosygin llegaba a ser miembro suplente del Politburó. A los cuarenta y cuatro años era miembro titular de éste. A partir de entonces, este benjamín del equipo estalinista podía ver su retrato colgado junto a los de Stalin y los de sus compañeros en todas las administraciones soviéticas.

En 1953, después de la muerte de Stalin, Kosygin fue inmediatamente degradado. Perdió su cargo en el buró político, y durante cierto

tiempo tuvo que contentarse con el modestísimo título de ministro de la Industria Ligera. Se ha dicho que esto se debió a que Malenkov le consideraba un posible oponente. Kruschef no mostraba una simpatía especial hacia Kosygin, que por su parte evitaba figurar junto a estalinistas irreductibles como Molotov y Kaganovich. Nadie tenía interés en empujar a Kosygin hacia la cumbre de la jerarquía, ya que no era considerado por nadie como un aliado seguro. Kosygin ha recuperado su perdido poder completamente solo, con una habilidad estratégica impresionante.

Ha dedicado siete años a reintegrarse en el Politburó, en 1960, de donde fue expulsado en 1953. Siete años son muchos, sobre todo para un hombre que comenzó su carrera tan estruendosamente y que tuvo el honor de ser, a los cuarenta y cuatro años, el más joven de los dirigentes expuestos a la adoración del país.

En realidad, Kosygin no ha caído nunca en desgracia, ya que incluso durante sus años de eclipse permaneció en el Gobierno y siempre contaron sus decisiones en los problemas técnicos. Pero a él no le gustaba Kruschef. Una vez reintegrado en el Politburó, no prodigó elogios al hombre fuerte de la situación. Multiplicaba las precauciones contra el culto de la personalidad y, retrospectivamente, se ve claro que estas precauciones se referían más al culto incipiente de la personalidad de Kruschef que al ya denunciado durante mucho tiempo de Stalin.

Kosygin acompañó a Kruschef en algunos viajes al extranjero, concretamente a Francia, sin destacar nunca. Se comportaba no como un vicepresidente primer ministro, sino como una especie de observador, un tanto distante, y que pretendía no aparecer ante los ojos del mundo demasiado estrechamente asociado a su excesivamente bulente jefe. No obstante, Kruschef dijo en París: «Será mi sucesor». Pero esta galantería no hizo reír a Kosygin.

la prueba de tashkent

Krushchef no tuvo la oportunidad de designar su sucesor, ni siquiera de rendir cuentas al país de los diez años de su gestión. Fue derribado un día de octubre de 1964, después de una prueba de fuerza en la cumbre de la jerarquía soviética; en esta prueba contaron tanto las cuestiones personales como los desacuerdos políticos. Kosygin ha sido uno de los beneficiarios de esta «revolución de palacios»: se convirtió en uno de los



EL HOMBRE DEL TELEFONO VERDE



A la entrada del Eliseo, Alexei Kosygin, el general De Gaulle, la señora Guichuiani (hija de Kosygin), Georges Pompidou y Andrei Gromyko, después del desayuno oficial. Kosygin, en su recorrido por Francia, ha visitado también Toulouse, Lyon y Grenoble.

triumvros de la dirección colegiada. Pero las propias condiciones de esta victoria constituyen la debilidad de los vencedores. Una dirección colegial está bien, es cien veces mejor que el «cesarismo», incluso que el cesarismo no violento y liberal, pero la dirección colegial tiene necesidad de apoyarse en mecanismo de control democrático para ser eficaz. De otra forma, sus miembros pierden su más precioso tiempo en maniobras de pasillo, en vigilancias recíprocas y —equivocadamente o no— el mundo no cree en la perennidad de su reino.

Los occidentales, incluso los más expertos en «kremlinología», no pueden decir hoy con exactitud qué posiciones defiende Kosygin en los debates internos y secretos del Kremlin. Pero encontraron una confirmación cuando le vieron acceder al puesto de primer ministro en 1964. No conocían por entonces ni a Breznev ni a Podgorny y desconfiaban mucho de Suslof, temible doctrinario. Únicamente les era familiar Kosygin, que venía gozando de una sólida reputación de partidario de la coexistencia y de la cooperación económica entre el Este y el Oeste.

Harold Wilson se vanagloriaba de ser su amigo y propagaba su competencia económica. Los expertos americanos, comprendidos los hombres del «big business», aseguraban que Kosygin conocía perfectamente el Occidente y que comprendía mejor los problemas de los intercambios que su predecesor. Los argentinos recordaban favorablemente la visita que les hizo años antes. Y las personalidades italianas, que tuvieron el honor de recibir a Kosygin acompañado de su familia, se hacían lenguas de él. En una palabra, tanto en Londres como en Washington, tanto en Roma como en Buenos Aires, se ha concluido que Kosygin es un nuevo Kruschef, con menos exuberancia, pero «más serio y más competente».

Pero, inmediatamente después de haber pronunciado este veredicto, los expertos occidentales se han encontrado con sorpresas. Si nos fijamos por las fotos tomadas durante las ceremonias del

aniversario de la revolución, en noviembre de 1964, fue Kosygin quien mejor se entendió con Chu En-Lai, el inesperado y peligroso huésped de la U. R. S. S. Por una vez, se veía sonriente y animado al nuevo «premier» soviético; generalmente, tiene enfurruñado el rostro. Tres meses después de este primer encuentro en la cumbre comunista, Kosygin «el pro-occidental» cogió el avión no para Londres —como esperaba Wilson— sino para Pekín, Hanoi y Pyonyang. Evidentemente cargó sobre sí la ingrata misión de reanudar el diálogo con los «comunistas extremistas» de Asia, a los que Nikita Kruschef consideraba irre recuperables y a los que pretendía excomulgar.

La misión de Kosygin en Asia no trajo la gran reconciliación. Kosygin y Mao Tsé-Tung representan dos tipos humanos tan diametralmente opuestos y encarnan dos sociedades tan diferentes que hubiera sido preciso un milagro para que su diálogo tuviera éxito. Esto no impide que Kosygin haya comprometido a su país en la guerra de Vietnam y que de esta forma haya reparado a los ojos de los comunistas uno de los errores menos comprensibles de Kruschef, el cual no reaccionó en agosto de 1964 cuando los norteamericanos comenzaron a bombardear Vietnam. La ayuda soviética a los vietnamitas inaugurada por Kosygin ha permitido que la U. R. S. S. recupere una parte de su prestigio ante los comunistas, cosa que nunca pudieron conseguir los discursos antichinos de Kruschef y de Suslof.

Además Kosygin ha querido asumir la difícil tarea de mediar entre la India y el Pakistán durante la crisis de Cachemira. Pocos occidentales creían en el éxito de esta tentativa y los ingleses menos que nadie, a pesar de su experiencia secular de asuntos asiáticos. Kosygin ha triunfado. El éxito de la conferencia de Tashkent ha hecho subir su cotización en las cancillerías occidentales. Por primera vez —se afirmaba en Londres— el premier soviético jugaba un papel de pacificador en Asia, mientras que hasta entonces se había acusado siempre a su país de querer recoger los frutos de los desórdenes y de las guerras.

"tchelovich dielovo!"

¿Quién es, pues, Alexei Kosygin? Que no es un ideólogo es seguro; se buscará en vano un solo escrito o un solo discurso suyo sobre los problemas de la estrategia o de la doctrina comunista. Pero no está afinado en el sector gubernamental como un simple gestor. Su parecer pesa en el conflicto chinosoviético, en las relaciones con los P. C. del mundo entero, en el gran conflicto del bloque soviético y no tiene, a buen seguro, ningún complejo de inferioridad ante Breznev, Podgorny y Suslof, quienes, a pesar de su pertenencia al aparato, no conocían ni al Partido ni al mundo mejor que él.

Pero es cierto que Kosygin es ante todo un hombre de gobierno y que su nombre, más que el de los otros dirigentes, ha estado ligado a las tentativas de reformas económicas en la U. R. S. S. Es el protector del profesor Libermann y espera insuflar, con él, un nuevo dinamismo a la economía soviética, especialmente en el sector de los bienes de consumo. Es partidario de una planificación renovada que permitiría más iniciativa a los cuadros de la industria: a esto se debe el que se le considere como cabeza de los «tecnócratas soviéticos». En una palabra, es «tchelovich dielovo!» (el hombre práctico), por excelencia.

Alexei Kosygin tiene, a todas luces, todas las cualidades del hombre de estado de un país industrializado «clásico», incluidos el individualismo y la astucia política. Ya hemos visto cómo llegó a la cumbre de la jerarquía soviética sin ser empujado por nadie, sin ser el protegido de un clan. Tiene una capacidad de trabajo casi legendaria y una memoria prodigiosa que le permite citar, sobre materia y sin error, cifras que avalan sus argumentos. Todo esto le convierte en una especie de Harold Wilson ruso.

K. S. K.

© L. Forestier, Paris, 1966

Fotos REPORTERS ASSOCIÉS